

Crónica de mi viaje a un Campo de Refugiados Ucranianos:

Introducción:

Todo empezó con un número de teléfono que apareció en uno de tantos mensajes reenviados. Después de muchas dudas, hice una llamada y resultó que era real. Y, sin ser muy consciente del alcance, comenzó un viaje a Polonia, a un campo de refugiados Ucranianos. Este es un pequeño relato a través de tres historias contadas por estas personas que, sin saber muy bien el porqué o el cómo, se encontraron siendo los protagonistas de una terrible guerra.

Primera historia:



Cuando las personas se identifican con una causa, su generosidad no tiene límites.

Cajas y cajas de material que se ha clasificado cuidadosamente y cargado en el autobús partieron hacia Varsovia.

Nos citan y piden que dividamos el material en específico para Hospitales y material de cura y medicinas no hospitalarias. Aquí se desata el caos. Busca, clasifica, separa...y, en medio de todo esto, aparece un coche, conducido por un chico de apenas 20 años que abre el maletero y nos pide que metamos ahí el material para los Hospitales. Imaginar nuestra sorpresa. Nos cita una organización oficial de ayuda y nos encontramos en un sitio perdido, trasladando cajas a un coche que conduce un chaval. Y, por si fuera poco, aparece a toda velocidad otro coche con cinco tipos de los que asustan al miedo.

¿Quién este chico?. Solo me sale definirlo como un “conductor suicida” cuya misión es coger el material quirúrgico (hemos logrado llenar tres coches de estos) y llevarlo desde el campo de refugiados hasta los Hospitales de las ciudades asediadas para que puedan disponer de él cuanto antes. Para los rusos son un objetivo principal, porque quieren dejar desabastecidos los Hospitales. Y ahí entran los otros cinco. Son su escolta, capaces de interponerse para que nuestro conductor pueda llegar sano y salvo.

Cuando me lo cuentan, solo me sale un ¡Slava Ukraini!, con miedo, casi con reverencia, porque en ese momento ese chaval me parece una de las personas más valientes que he conocido. Me contesta, ¡¡¡Heroyem Slava!!! y casi sin darme cuenta ya se ha montado en el coche y ha desaparecido, dándome antes un abrazo con lágrimas en los ojos y pidiéndome que transmita a todos los que han donado algo de material, su agradecimiento, en su nombre y en el de todas las personas que continúan allí.

Nuestro material ya está siendo utilizado en Jarkov.

Segunda historia:



No se pueden transportar animales en el autobús. Pero nosotros llevamos un gato. Nos hemos confabulado con los niños (unos 12) para esconderlo del conductor y de los distintos policías cuando nos paran.

Se llama Asha. ¿Por que es tan especial? ¿Por que va a llegar a Granada pase lo que pase? Su dueña tiene 18 años, es una chica morena, con la mirada muy perdida, que dudaba y tenía miedo que no la dejaran subir al autobús por su gato y porque tenía 39,4 grados de fiebre.

Pero subieron, y ahora no tiene fiebre, ni infección. Es de Melitopol, una de las ciudades cercanas a Crimea y más bombardeadas. Ella se escondió en un sótano, como tantos otros, sin apenas agua y comida. Pero aparecieron ratas y la atacaron. Y, de repente, sin saber de donde, apareció Asha y la defendió, y no se movió de su lado durante las dos semanas que estuvo allí manteniendo a raya a las ratas, hasta que pudieron salir y escapar.

Por eso escondemos al gato. Por eso viene Asha a Granada.

Tercera historia:



Esta es una historia común, de la que hablan todos los que están con nosotros. Con particularidades más o menos trágicas, pero, al final, todos coinciden en lo fundamental.

¿Por que esta guerra es diferente? ¿Por que nos impacta más que las de África, los ataques americanos? ¿Propaganda? No, esta guerra es distinta porque es una campaña de exterminio contra los civiles, porque han vivido historias de verdadero terror en un ámbito que conocemos bien. Nuestras ciudades, nuestra cultura, nuestros problemas del primer mundo y, un día, a las 5 y cuarto de la mañana (con qué precisión lo cuentan) empiezan los bombardeos y todo ese primer mundo se desmorona y pasamos de las casas a los sótanos, de la calefacción al frío extremo sin apenas ropa y de la comida abundante a tener que rebuscar entre las ruinas. Después de dos o tres semanas aterrorizadas por las bombas, o que te encuentren y te maten, sales por fin e intentas huir y lo haces a través de las minas, de los cadáveres tirados en el suelo, con temperaturas de diez grados bajo cero, barro, hambre, hasta que, los que sobreviven, llegan a la frontera. Ahí entran en un Campo de Refugiados. Tienen calor de los que los reciben, comida y techo, pero han perdido todo lo demás.

Desorientados les hablan que hay un país lejano llamado España y oyen un nombre que les resulta algo familiar, Granada. Y, gracias a gente como Montse, que lo organiza todo, Nacho, Cristian y sus compañeros de Bomberos sin Fronteras encuentran, ¡que importante es!, alegría, cariño y profesionalidad. Y aquí están, viajando en un autobús durante dos días para llegar a un sitio donde no entienden la lengua, a más de 4.000 kms de lo que fue su hogar.

Es la historia de Petro y Vira de 64 años, que sobrevivieron porque los rusos empezaron ametrallando la casa de su vecino, donde murieron todos, dándoles el tiempo justo para refugiarse en el sótano. Sofia, de 13 años, campeona Ucraniana de lucha cuya casa quedó completamente destruida pasando tres semanas en un sótano oyendo las bombas estallar sobre su cabeza, Natalia, con su displasia de rodilla que necesitaba ayuda para ir al baño, y, sin embargo, atravesó 20 km de un campo infestado de minas entre cadáveres troceados, Karolina, oriunda de Borodianka, que durante el viaje se ha enterado que hay todavía más asesinados allí que en Bucha y no ha podido contactar con su familia, setenta historias, tan parecidas, pero a la vez, tremendamente duras y diferentes...pero, ¿solo hay mujeres, mayores y niños?. Si. Y de vez en cuando las ves llorar mirando por la ventana y preguntándose ¿estará todavía vivo?

Epílogo:

Le he dado muchas vueltas a como terminar este relato. Podría incidir en cómo a pesar de lo largo y lo pesado del viaje no oías ni una sola queja. De su alegría cuando paramos en un Hotel y como, por fin, desde que empezó la guerra, podían disponer de una habitación para ellos solos. De cómo se arreglaban para ir a cenar, de la grandeza y el cariño que derrocharon mis compañeros de expedición, de la alegría al llegar, de la generosidad de dos de estos compañeros acogiendo refugiados en su casa, de la emoción al cantar su himno, de todos los voluntarios preparando el desayuno, dándoles ropa, llevándolos a sus destinos finales, ayudándolos en sus trámites a los que quieren ir a otros lugares...

Quiero dejar el final abierto, porque aquí, los protagonistas no somos nosotros, los protagonistas son ell@s y en su historia quedan muchas páginas por escribir.